



no coinciden, en ocasiones, con lo expuesto en el informe que ha presentado, junto con Pedrol Rius, decano del Colegio de Abogados de Madrid. Miralles no teme al diálogo.

¿Por qué no la CIA? —pregunta—: después de doce días metido en el problema cualquier solución es aceptable teóricamente.

—¿A qué organización u organizaciones pertenecen, en su criterio, Juan Antonio Alfonso González, José Luis Cortés Rodríguez y el enigmático "Alfredo" o "Gustavo"?

—Aterricé en Argel conociendo poco el asunto; tras muchas dificultades me puse en contacto con Maître Zertal, defensor de Juan Antonio Alfonso González; no creo que pertenezcan, como se dice, a servicios secretos españoles. Aclaro que me repugnan todos los servicios secretos, absolutamente todos. Aunque puedan actuar para causas completamente dignas.

—Cuando se habla de servicios secretos españoles hay que aclarar que las acusaciones, al menos las aparecidas en la prensa, se refieren concretamente a ciertos servicios paralelos, residuales.

—Los dos procesados en Argelia son sujetos perfectamente manipulables. Creo que si existiese un servicio que actuase en contra de los intereses de España, ya no podría ser considerado español.

—Me refiero a que son cuerpos marginales que cobran del presupuesto nacional; en este sentido serían españoles aunque actuaran en contra de los intereses de la comunidad.

—Si eso fuera así, a mí me extrañaría muchísimo que el Gobierno no lo hubiese utilizado a fondo.

—De acuerdo, pero el silencio español, negando en un principio la existencia de Juan Antonio Alfonso González y de Cortés, resulta sospechoso.

—La nacionalidad española de estos dos sujetos no tiene duda para mí. "Alfredo", el hombre de los múltiples nombres, es más complejo. Nadie ha probado su existencia, aunque creo que alguien estaba detrás de estos muchachos. Hubiera sido conveniente para la Adminis-

tración argelina probar las acusaciones del fiscal, en el sentido de que fueron los servicios españoles los que activaron el atentado. Yo caía en Argel como en un paracaidas, dada la delicada relación de España con Argelia.

—Cuando hay una acusación que trasciende por el Mediterráneo, ya que, se quiera o no, Argelia es un puntal fuerte en Africa, el Gobierno español debería actuar enérgicamente repudiando las acusaciones argelinas. Sin embargo, se ha vestido de un extraño silencio, sobre todo en las acusaciones concretas al coronel Valero o al general Blanco, antiguo jefe de Información de los Servicios de Documentación de Presidencia, con Carrero Blanco.

—Hay una enorme cautela en la política oficial española respecto a Argelia. Una hipótesis: yo he tratado de ver qué ha hecho el MPAIAC. Podría ser una venganza o un intento de excluir riesgos por parte de alguien que en cualquier circunstancia se hubiera visto extorsionado.

—¿Alguien, algún empresario canario que estuviese pagando un impuesto "revolucionario" y que quisiese descargarse él y todo su grupo de esa carga?

—Son acciones violentas que pueden producir reacciones. Un diálogo de violencia.

—Estos dos personajes de Argel serían meros ejecutores contratados por esa oligarquía canaria acusada; según su hipótesis, esto no descarta a los servicios paralelos, sino que los implica. ¿Pero hay alguien más detrás?

—¿Y por qué no la CIA? —vuelve a preguntarse Miralles. Mientras conversamos, se confirma en Madrid la presencia de Buteflika; en ausencia de Oreja, se negocia ya al más alto nivel. El affaire Cubillo puede quedar diluido.

Los dos condenados en Argel —dice Miralles— estuvieron preparando el atentado durante una semana, lo pospusieron y, finalmente, cuando lo cometen vuelven al hotel, donde les cogen durmiendo la siesta a las tres de la tarde. Parece como si contaran con seguridades. Hasta después de la cumbre de Jartum permanecerá el misterio. F. G.

España, siguiendo la tónica de la Europa policial que se está forjando, se vuelve a fomentar desde el "poder democrático" la difamación del Movimiento Libertario con la propagación de la idea, absolutamente falsa, de que anarquismo equivale a terrorismo". Con tan claras palabras iniciaba el Ateneo Libertario de la zona Centro de Madrid su convocatoria a las tres conferencias celebradas en la última decena del pasado mayo, y a las que asistió un público numeroso.

En la primera, Fernando Savater hizo una disección del absorbente Estado moderno, siempre celoso de aumentar sus atribuciones y dominio, aun a costa de asfixiar al individuo y a las colectividad que dice representar. Durante milenios, el Estado ha pretendido ejercer en ex-

español, precisando que contra los trabajadores organizados y esencialmente contra el Movimiento Libertario, el Estado ha utilizado siempre todos los recursos a su alcance. Ya hace más de cien años que un político progresista y liberal —Sagasta— hablaba de la Primera Internacional, calificándola de "utopía filosófica del crimen" y utilizando la frase como pretexto para una persecución a fondo de los internacionalistas hispanos. Posteriormente, otros gobernantes montaron contra los campesinos andaluces los monstruosos procesos de la Mano Negra jerezana y contra los proletarios catalanes los no menos trágicos de Montjuich. Cuando ni unos ni otros bastan para terminar con las justas reivindicaciones obreras, se recurre a los agentes



clusiva la violencia, legalizándola e institucionalizándola con el pretexto de defender a la sociedad de los enemigos del exterior y los malos instintos de algunos miembros del interior. Ahora, cuando la abrumadora superioridad bélica de dos grandes superpotencias hace casi imposible la generalización de las guerras limitadas, el terrorismo sistematizado se convierte en aliado y cómplice del Estado, cuyas medidas represivas justifica en cierto modo.

El Colectivo A señaló en la segunda de las conferencias que los anarquistas rechazan toda identificación con el terrorismo, por estimar que atacar al Estado utilizando el recurso estatal por excelencia —la violencia— es derrotarse de antemano y otorgar al poder justificaciones para su represión.

El último día, Juan Gómez Casas hizo historia del movimiento obrero

provocadores, los "lock-outs", las conducciones por carretera o la aplicación de la ley de fugas. Es el terrorismo llamado blanco que en la Barcelona de los años veinte ocasiona centenares de víctimas proletarias. Frente a estos hechos, en reacción puramente defensiva, los trabajadores tienen que recurrir en ocasiones a la violencia, pero en todos los casos el terrorismo parte de sus enemigos de clase. Precisa Casas que la CNT es una organización obrera revolucionaria, que ha probado su temple en las más difíciles circunstancias; que hoy mantiene íntegros sus postulados y sus métodos de acción directa (que nada tienen que ver con el terror o la violencia), pero que considera que el hecho aislado, individual, puede ser contraproducente al servir de pretexto para las reacciones represivas del capitalismo nacional e internacional. ■ E. GUZMAN.

C. N. T.

Contra el terrorismo

ES ya conocida la maniobra estatal que consiste en identificar anarquía y terrorismo; esta maniobra, ya vieja, ha

llegado incluso a denominar anarquistas a algunos grupos por el simple hecho de ser terroristas: Baeder, Grapo... Ultimamente en